

LAS CONDICIONES DEL DISCIPULADO NEOTESTAMENTARIO

Adaptado de "El Verdadero Discipulado", de Guillermo MacDonald, Centros de Literatura Cristiana, 1979

El verdadero cristianismo consiste en una entrega absoluta al Señor Jesucristo. El Señor no está buscando personas que le dediquen sus tardes libres, sus fines de semana, o sus años de jubilados. Él busca personas dispuestas a darle el primer lugar en su vida. ¿Y que si nosotros no tenemos ese deseo? Dios habla de manera especial al cristiano, con relación al deseo que este tiene de conocerlo a Él:

- “Bienaventurados los que guardan sus testimonios, Y con todo el corazón le buscan.” Sal. 119:2
- “Entonces prometieron solemnemente que buscarían a Jehová el Dios de sus padres, de todo su corazón y de toda su alma... Todos los de Judá se alegraron de este juramento; porque de todo su corazón lo juraban, y de toda su voluntad lo buscaban, y fue hallado de ellos...” 2 Cr. 15:12, 15
- “Hijo mío, si recibieres mis palabras, Y mis mandamientos guardares dentro de ti, Haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; Si inclinares tu corazón a la prudencia, Si clamares a la inteligencia, Y a la prudencia dieres tu voz; Si como a la plata la buscares, Y la escudriñares como a tesoros, Entonces entenderás el temor de Jehová, Y hallarás el conocimiento de Dios. Porque Jehová da la sabiduría, Y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia.” Pr. 2:1-6
- “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta.” Jn. 7:17

El deseo de conocer a Dios hará que...

- Busquemos conocer Su voluntad, aunque descubramos que es contraria a la nuestra. Hch. 17:11 (Ser “noble” implica estar dispuestos a aceptar la voluntad de Dios, a pesar de que las opiniones sean contrarias, o las circunstancias sean adversas.)
- Luchemos por hacer esa voluntad una vez enterados de ella. Sal. 40:8; Fil. 2:13
- Crezcamos espiritualmente. 1 P. 2:1-2 Cf. He. 4:12-14

Alguien ha dicho que “las buenas intenciones no bastan”. Es que hay una gran distancia entre un simple “desear” y un determinado “hacer”. Esa distancia es precisamente el discipulado neotestamentario. Es lo que verdaderamente se llama ser un cristiano. Sólo puede llamarse a sí mismo cristiano aquel que sigue, sirve y obedece a Cristo (Cf. Stg. 1:22-25).

Lucas 9:57-62 habla de tres señores con quienes se ilustran ejemplos de impedimentos o excusas para no ser discípulos de Jesucristo:

- El Señor Apresurado: Se ofreció entusiastamente. Pero tan apresurado que desvalorizó el costo. Su amor por lo terrenal fue mayor que su interés de verdaderamente dedicarse a Cristo.
- El Señor Tardío: No se ofreció como el primero, más bien Cristo lo llamó. Su respuesta no fue un rechazo absoluto pues no estaba desinteresado en el Señor, pero... quería hacer otras cosas primero. “Señor,... yo primero...” es el verdadero problema, el resto de las palabras es un mero disfraz. Realmente, no era que su padre estaba muerto. Lo que él quería decir era que hasta después de que su padre

muriera estaría disponible. Consideraba que en el tiempo actual, sus actividades ocupaban un lugar preferente con respecto a la principal razón de existir del cristiano.

- El Señor Liviano: Tiene en común con los dos anteriores. Con el primero, del mismo modo se ofreció de voluntad propia. Con el segundo, igualmente daba prioridad a otros asuntos antes que al Señorío de Cristo. Este hombre dejó que los lazos familiares ocuparan el lugar que le corresponde a Cristo. Pero en realidad no era más que un reflejo de su egocentrismo.

Habiendo recibido a Jesucristo como tu Salvador, ¿quieres mantenerte como un simple creyente? O en cambio, ¿consideras recibirlo también como tu Señor para que te conviertas en Su discípulo? Se avizora un panorama de bendición y realización para todo aquel que, además de haber recibido a Cristo como Salvador, se somete también a Él como Señor. Hay condiciones, pero también hay recompensas.

LAS CONDICIONES DEL DISCIPULADO

1. Tener amor supremo por Jesucristo.

“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo.”

Lucas 14:26

Esto no quiere decir que debemos tener indisposición o mala voluntad en nuestro corazón hacia nuestros familiares. Significa que nuestro amor por Jesucristo debe ser tan denotado, que en comparación con todos los demás afectos, estos parezcan menores. Los términos que definen emociones o afectos son comparativos, Cf. Mt. 10:37. La verdad es que cuanto más amamos al Señor, los afectos fraternales se santifican y se elevan de nivel (Cf. Ef. 6:2, 1 Tí. 5:8, 1 Jn. 4:20-21).

En realidad, la parte más difícil de este pasaje es la expresión “y aún su propia vida”. El amor propio es uno de los obstáculos más persistentes para el discipulado. Mientras no estemos dispuestos a ofrecer voluntariamente nuestra vida a disposición de Cristo, no estaremos en el lugar donde Él desea que estemos.

La razón por la cuál esta condición es tan alta es que, si Jesús no es nuestro amor supremo, en algún punto de la gran comisión vamos a fallar. Recordemos que el gran mandamiento (Mr. 12:30) es la base para cualquier otra obediencia y cualquier otra valoración acertada de las cosas terrenales. Obedeciéndolo, conoceremos más de la voluntad de Dios y buscaremos hacerla.

Ser miembro de un grupo de discipulado en nuestra iglesia significa estar comprometido. No hay lugar para sentirse ofendido, ni siquiera rechazado, por causa de lo demandante de esta condición. Se entiende que cada uno estará dispuesto a crecer teniendo como base los siguientes compromisos:

- Compromiso con la Palabra de Jesucristo.
- Compromiso con la Persona de Jesucristo.

- Compromiso con la Iglesia de Jesucristo.
- Compromiso con la Causa de Jesucristo.

Para ser cumplidos, debemos reconocer con humildad que siempre estaremos en necesidad de aprender y crecer en nuestro compromiso de tener amor supremo por nuestro Señor.

2. Permanecer continuamente en Las Escrituras.

“Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.”

Juan 8:31-32

La prueba de la legitimidad de un discípulo es su constancia hasta el final en las palabras de su maestro. El discípulo guarda esas palabras para practicarlas. El verdadero discipulado se caracteriza por la estabilidad. “Ninguno que poniendo sus manos en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios.” (Lc. 9:62). La obediencia ocasional a Las Escrituras no sirve de mucho para el discipulado. Cristo desea que los que le siguen lo hagan obedeciendo en forma constante y continua. Es fácil empezar bien y lanzarse adelante en un deslumbramiento de gloria. Pero la prueba de la realidad del discipulado es la resistencia hasta el fin, sosteniendo y defendiendo las enseñanzas de Su Maestro.

No puede haber verdadero discipulado sin una profunda e incuestionable fe en el Dios vivo. Como “la fe es por el oír y el oír es por la Palabra de Dios”, el deseo íntimo del discípulo es saturarse de las Escrituras: leerlas, estudiarlas, memorizarlas, meditar en ellas día y noche. Son su mapa y brújula, su guía y consuelo, su luz y verdad. La fe genuina siempre descansa en algún mandamiento de Dios, en alguna promesa Suya, en alguna porción de Su Palabra. Esto es importante. El creyente primero lee o escucha alguna de las promesas de Dios. El Espíritu Santo toma aquella promesa y la aplica al corazón y conciencia en una forma muy personal. El creyente queda consciente de que Dios le ha hablado directamente. Con certeza en la confiabilidad de Quién lo ha prometido, considera la promesa tan segura como si ya estuviera cumplida. La fe hace entrar a Dios al escenario. Por eso en la vida de fe siempre hay lugar para progresar.

Todo discípulo que decide andar por fe puede estar seguro que su fe será probada. Se sentirá tentado en recurrir a sus semejantes en busca de auxilio, antes que a Dios. Pero si realmente está confiando en Dios y Su Palabra, esperará en Él. Por eso decimos que la actitud normal de un verdadero discípulo es desear un crecimiento en su fe (Lc 17:5). La fe que nos capacita para caminar con Dios, también nos capacita para adjudicar el valor que le corresponde a la opinión de los hombres.

3. Desprenderse de las cosas materiales.

“Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.”

Lucas 14:33

Esta es, tal vez, la menos apreciada de las condiciones de Cristo para el discipulado. Nos atrevemos a decir que este podría ser uno de los textos menos apreciados de la Biblia. Se pueden dar mil razones para probar que el versículo no quiere decir lo que parece decir. Pero los discípulos honestos lo reciben con ardor, aceptando que el Señor Jesús sabía lo que

quería decir. ¿Qué quiso decir con renunciar a TODO? Significa el abandono de todas las posesiones materiales que no nos sean absolutamente necesarias. Son aquellas cosas que no pueden ser usadas para el beneficio del Evangelio; o peor aún, que pueden ser obstáculos para el Evangelio. Es mejor deshacerse de ellas e invertir en cosas de mejor o mayor beneficio.

El que renuncia a todo no se convierte en un despreocupado haragán. Trabaja arduamente para proveer a las necesidades comunes de su familia y de sí mismo. Pero, como vive para esparcir el Evangelio, también invierte en la obra del Señor. Deja el futuro en las manos de Dios, estando dispuesto a sacrificar sus propias necesidades personales si hay una demanda apremiante. Él no puede poner su confianza en dinero retenido sin propósito, cuando hay almas que están pereciendo por falta del Evangelio. Prefiere obedecer el precepto del Señor de acumular riquezas en el cielo, en lugar de malgastar su vida acumulando riquezas terrenales infructíferas. Más aun cuando sabe que Cristo regresará pronto por sus santos.

Cada uno de nosotros es responsable ante Dios por lo que significa dejarlo todo. Un creyente no puede dictar normas para el otro; cada persona debe actuar como resultado de su propio ejercicio delante de Dios. Es un asunto estrictamente personal. Si como resultado de tal ejercicio, el Señor guía al creyente a un grado de devoción hasta el momento no experimentado, no debe ser ello motivo de orgullo personal. Los sacrificios que hagamos no son en ninguna manera sacrificios cuando los exponemos a la luz del Calvario (He. 12:1-4). Además de esto, damos al Señor solamente aquello que ya no podemos amar. Es lo que quiso decir el misionero Jim Elliot, quien pereció en manos de los aucas: “No es necio quien da aquello que ya no puede retener, para obtener algo que no puede perder.” ¡Y vaya si Elliot, al dar su vida, no obtuvo la “corona”, pues motivados por su entrega, su viuda e hijos finalmente ganaron a los aucas para Jesucristo!

4. Amar fervientemente a sus compañeros cristianos.

“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.”

Juan 13:35

Una condición de esta naturaleza pretende que constantemente nos interesados en el bienestar de los demás, demostrándolo de manera práctica (He. 10:24). Este es el amor que considera a los demás como mejores que uno mismo (Fil. 2:3). Este es el amor que cubre multitud de pecados (1 P. 4:8). Este es el amor que es sufrido y benigno; que no es envidioso ni jactancioso, ni envanecido, ni indebido; que no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta (1 Co. 13:4-7). Sin esta condición, el discipulado sería una disciplina fría y legalista. Sería címbalo que retiene.

Ninguno de nosotros, en perfecta salud mental y emocional, busca destruir su propio cuerpo, sino que busca más bien cuidarlo. Los creyentes somos el cuerpo de Cristo. Al tener conciencia que somos los unos de los otros, aprendemos a respetarnos, amarnos y servirnos. Al hacerlo entre nosotros, realmente lo estamos haciendo con Cristo, quién es la cabeza del cuerpo (Cf. Mt. 25:31-46).

El verdadero amor entre hermanos, según las Escrituras, se demuestra por medio de:

- Un pacto firme de amistad duradera. (¿Recuerdas a David y Jonatán?)

- Preservación de la unidad. (Jn. 17:23, Ef. 4:2,3)
- Supremacía del servicio mutuo. (Gá. 5:13b)
- Respeto a la integridad de la persona. (Ro. 13:10)
- Sociabilidad a través de la exhortación, amonestación, repreensión y perdón mutuo. (He. 3:12-13; Col. 3:16, Ro. 15:14, 1 Ts. 5:14; 1 Ti. 5:20; Col. 3:12-14)

Recordando el parámetro dado, “Al que más se le perdona, más ama” (Lc 7:41-43), observamos en 1ª de Juan que el amor que se tiene a los hermanos es una manera de probar que ya somos salvos.

- 2:9,11 El que odia a su hermano, es porque sigue en la oscuridad.
- 2:10 El que ama de verdad, no hay causa de tropiezo en él.
- 3:10 No es hijo de Dios el que no ama a su hermano.
- 3:14 El que no ama a su hermano no ha pasado de muerte a vida.
- 4:7 Todo aquel que ama es nacido de Dios y conoce a Dios.
- 4:8 El que no ama, no conoce a Dios.
- 4:11 Ya que Dios nos ha amado... así también nosotros debemos amarnos.
- 4:12 Si nos amamos, el amor de Dios se perfecciona en nosotros.
- 4:20 El que no ama a su hermano, no puede amar a Dios.
- 4:21 Quien ama a Dios, ame también a su hermano.
- 5:2 Nos amamos cuando amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos.

Por otro lado, la regla de oro es esta: “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos.” (Mt. 7:12) Y el segundo gran mandamiento es éste: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” (Mt. 22:39) Pero todo fue perfeccionado con un mandamiento nuevo: “Que os améis unos a otros; como yo os he amado.” (Jn. 13:34)

5. Negarse a uno mismo.

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, NIÉGUESE A SÍ MISMO...”

Mateo 16:24

La negación del yo no es lo mismo que la abnegación personal. Esto último significa “sacrificio que uno hace de su voluntad, de sus afectos o de sus intereses en servicio a Dios o para bien de prójimo”. (Diccionario de la Lengua Española, 1977). Se aplica incluso al hecho de privarse de algunas comidas, placeres o posesiones. La negación del yo, sin embargo, es una sumisión tan completa al Señorío de Cristo, que “el yo” escoge quedarse sin derechos ni autoridad alguna. Significa que el yo abdica al trono... y Jesucristo ocupa su lugar. Cedemos, de esa manera, a nuestra voluntad, y damos paso a la de Él. Fue así como Rob Lamp, pastor de Gran Comisión en el área de Washington, D.C., en uno de los momentos más difíciles de su vida, reconoció que “la voluntad de Dios y mi felicidad son una misma cosa”.

Nótese cuantas veces aparece en el N. T. la declaración “*El que pierde su vida por causa de mí, la ballará.*”: Mt. 10:39, 16:25; Mr. 8:35; Lc. 9:24, 17:33; Jn. 12:25. Sin lugar a dudas que una vida guardada para sí es una vida perdida. Entregarla por Cristo, sin embargo, es encontrarla, gozarla, y guardarla para la eternidad. Ser un cristiano mediocre solamente

asegura una existencia miserable. Estar enteramente consagrado a Cristo es el camino más seguro para llegar a gozar de lo mejor de Él. Ser un verdadero discípulo es ser un esclavo de Jesucristo y encontrar en su servicio perfecta libertad. Hay libertad en los pasos de todo aquel que se convierte en Su “esclavo de amor”. (Cf. Ex. 21:5-6 y Dt. 15:16-17)

Es saludable hacer notar que con una exigencia tan alta como la de esta condición, el Señor honra y respeta nuestra voluntad y decisión: “Si alguno QUIERE...” Este es el espíritu de la libertad en Cristo. ¿Quieres tú ser discípulo de Jesucristo? Pues considera el precio a pagar y decide “si quieres”. El Señor Jesús nunca trató de engañar a los hombres para que hicieran una profesión de fe de labios. Tampoco, en su humildad como Dios-Hombre, trató de conseguir una gran cantidad de seguidores predicando un mensaje popular. En realidad, cuando vio que la gente empezó a acumularse en pos de Él, se volvió y les hizo pasar por el cedazo presentándoles las condiciones más duras para seguirlo.

6. Tomar la cruz.

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, TOME SU CRUZ...”

Mateo 16:24

“El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.”

Lucas 14:27

Escoger la cruz no se refiere a una dolencia física o a una angustia emocional, puesto que estas cosas son comunes a todos los hombres. Mas bien es un estilo de vida escogido deliberadamente. Es un camino que, tal como el mundo lo considera, es una deshonra y un reproche. Se trata de soportar diariamente la reacción del mundo hacia aquel que es un discípulo (Jn. 15:18-19 Cf. 2 Ti 3:12).

La cruz es el emblema de la persecución, la vergüenza y el abuso que el mundo colocó sobre el Hijo de Dios. El mundo también colocará ese emblema sobre todos aquellos que escojan ir contra la corriente. Cualquiera creyente puede evitar la cruz conformándose a este mundo. En cambio, el discípulo tomará y llevará su cruz: Mt. 5:10-11, Lc. 6:22-23, Jn. 16:33, 1 Co. 4:9-16, 2 Co. 4:7-11, Fil. 4:12, 2 Ts 1:4.

7. Seguir decididamente a Jesucristo.

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz Y SÍGAME.”

Mateo 16:24

¿Cuál fue la principal característica de la vida del Señor Jesucristo? Fue una vida de obediencia a la voluntad de Dios (Jn. 4:34). Fue una vida llena de celo, mansedumbre, bondad, fidelidad y devoción. Los seguidores de Jesucristo debemos mostrar el fruto de nuestra semejanza con Él (Jn. 15:8, Gá. 4:19, Ef. 4:13). Afirmar que “yo soy un discípulo de Jesucristo” debería acompañarse de una auto-evaluación con respecto a cómo Él anduvo (1 Jn 2:6).

Observando siempre en 1 Juan, encontramos también lo que prueba la autenticidad de nuestra relación con Cristo:

- 2:3-6 La meta de un discípulo es conocer muy bien a su maestro (Cf. Lc. 6:40).

La prueba de que lo ha logrado es cuánto le obedece e imita.

- 3:21-22 Lo que pidamos lo recibimos de Él, como resultado de hacer lo que le agrada. Esto reafirma la seguridad de que Dios honra a los discípulos fieles.
- 3:24 Guardando sus mandamientos evidenciamos nuestra permanencia en Él.
- 5:3 Amar a Dios consiste en guardar sus mandamientos (Cf. Jn. 14:15).

Si vamos en pos de Cristo:

- Él nos hará pescadores de hombres. (Mt. 4:19, Mr. 1:17)
- Seremos dignos de Él. (Mt. 10:38)
- Seremos Sus discípulos. (Lc. 14:27)

LAS RECOMPENSAS PARA UN DISCÍPULO

Es importante que entendamos que todas estas siete condiciones, “claras e inequívocas”, son una enseñanza directa a nuestra vida personal. Se trata de lo que la Biblia me dice a mí. Se trata de lo que Jesucristo me condiciona a mí. Soy responsable de atender ese llamado. Debo ser humilde en reconocer su dirección hacia mí. Entonces, sometién dome así el Señorío de Cristo sobre mi vida, Dios promete recompensarme.

El Padre le honrará.

“Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.”

Juan 12:26

- ◆ ¡Qué mejor satisfacción, qué mejor promesa, qué mejor recompensa, que saber que hemos sido aceptados en el servicio al Rey de Reyes y Señor de Señores!
- ◆ Si Él nos honra, ¿qué mayor gozo habrá sino reconocer que toda, absolutamente toda, la gloria es para Él?

El amor de Dios será palpable en su vida personal.

“Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.” Juan 14:23

El Señor prometió que si permanecemos en Él y en Su palabra, podemos pedir lo que queramos y nos será hecho. Nada más evidente de la manifestación de como Dios tiene por consentidos a Sus siervos fieles (Cf. Mal. 3:17). Si permanecemos en Él y en Su palabra, nuestras peticiones tendrán motivos puros detrás de ellas.

Es estimulante saber también que en la medida que crece nuestra fe, como resultado de permanecer en La Palabra, seremos testigos oculares del poder de Dios (Ef. 1:19). Él afirmó que podríamos hacer cosas cada vez mayores (Lc. 17:6).

Recibirá muchísimo en su vida.

“Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien

veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna.”

Marcos 10:29-30

Es importante hacer notar varias cosas:

- ◆ Esta es una recompensa terrenal, es decir, se recibe el fruto “en este tiempo”.
- ◆ Las persecuciones no paran de ser un filtro para los verdaderos discípulos.
- ◆ El fruto terrenal es un testimonio de lo que tendremos en el futuro eterno.

Recibirá recompensas eternas.

“Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.”

2 Corintios 5:10

Dios no tan sólo ha prometido recompensas terrenales para quienes deciden seguirle de verdad. También ha prometido recompensas celestiales. Interesantemente, las recompensas que podemos recibir en el cielo, nos pueden traer mucho beneficio ahora en la tierra, pues...

- ◆ Por un lado, son un ejercicio fructífero de la fe (He 11:13,39).
- ◆ Por el otro, Nos ayudan a tener motivaciones santas para servir al Señor (Col 3:23,24).